

Evangelización del trabajo científico

Por NELSON CRESPO ROQUE

Tal vez el presente título implique un error en el aspecto semántico y es que la evangelización no se orienta a conglomerados abstractos, como pudieran ser los llamados “mundos” de la ciencia, del arte, de la cultura u otros tantos, sino, más bien, a las personas concretas que componen esos “mundos”. Sin embargo, no es totalmente errado hablar de evangelización en estos campos, en tanto la labor de los mismos se orienta, al menos en principio, a aspectos que implican al ser humano.

Entre la ciencia y la Iglesia existe una diferencia, no enmarcada en lo exclusivo de sus respectivos métodos de estudio, autónomos entre sí, sino más bien en cuanto al objeto hacia los cuales son orientados, en el caso de la ciencia la naturaleza, en su más amplia acepción, y en el caso de la Iglesia el hombre, no como conglomerado social, sino como persona concreta, y su relación con Dios, y cuando se dice el hombre ello no quiere decir que Dios sea relegado a un segundo plano, sino todo lo contrario; pues, desde el momento de la Encarnación, el hombre es capaz de Dios, es decir, es “divinizado”, no desde el falaz “serán como dioses” del Edén primigenio, sino como hijo amado y redimido, como acota el apóstol Juan: “Mirad qué magnífico regalo nos ha hecho el Padre: que nos llamemos hijos de Dios, y de hecho lo somos”.

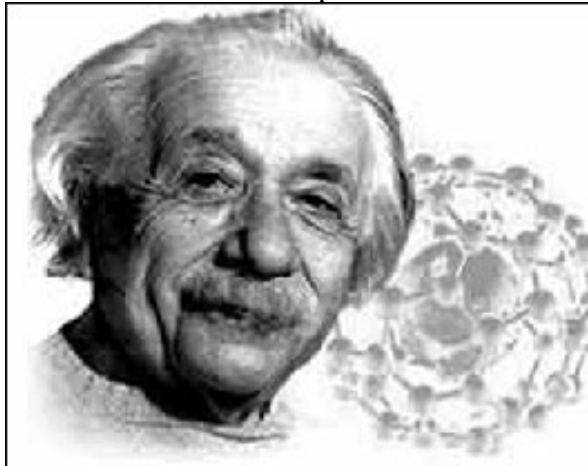
En muchas ocasiones se tiene el cliché de que todo científico es ateo y por tanto el terreno de la ciencia es algo vedado para la Iglesia. Tal vez ello no sea más que un desentendimiento total de lo que es un hombre de ciencia y de lo que es la fe. Para muchos la fe es algo que raya los límites de la superstición y el fanatismo, algo engendrado únicamente en la emotividad y no en el pensar, un refugio o un opio, en palabras de Carlos Marx, que sirve como bálsamo para soportar los avatares de la vida diaria; mientras que, para los que profesan ese tipo de pensamiento, la ciencia es todo lo contrario, es el resultado de un estudio y un pensamiento desprovisto de toda implicación personal, algo frío y calculador que constituye el “ábrete sésamo”, la solución a todos los problemas del hombre, incluidos los existenciales. El ejemplo palpable de este intento de despersonalización que se le intenta imponer al hombre de ciencia es la clásica caricatura del científico desaliñado y chiflado, alguien enajenado de toda realidad terrenal. Pero, ¿es acaso eso un hombre de ciencia?

Durante décadas se tildó a la fe como algo propio de retrógrados y obscurantistas, mientras que la modernidad se inspiró en la pretensión de la razón humana de ser la única capaz de iluminar y comprender todas las realidades. Así el progreso científico técnico, tan característico del mundo moderno, prometía darnos la felicidad, pero no ha cumplido sus promesas y nos plantea nuevos problemas para los que la ciencia no tiene solución. La época moderna entra en crisis y el despertar de la humanidad no ha sido muy placentero. El hombre de hoy aparece como desencantado, sin entusiasmo por verdades absolutas, fruto de un agnosticismo que desistió de la búsqueda de la verdad.

Es por ello que la Iglesia no cesa en aquello que constituye la razón de su existencia: la evangelización; acción que no constituye una operación ideológica, ni un ejercicio de mercadotecnia, ni algo que pueda confundirse con un proselitismo barato: la Iglesia no busca ni pretende “convencer”, sino “convertir”. Convertir al hombre de hoy, para que esa conversión se

irradie en sus actividades, en sus vidas, en sus ambientes concretos. Y es que el hombre de hoy está cansado de discursos, de promesas... la humanidad actual no busca maestros, busca testigos y es ahí donde se ha de producir el encuentro con Jesucristo, testigo del Padre y cenit de la Revelación.

Por ello, y como la conversión implica el ser humano en su integridad, hay que conocer quiénes son, cómo piensan y juzgan, qué esperan las personas a las que se quiere llegar, como enfatizaba el Papa Pablo VI, “hay que inculturar la predicación de modo que el Evangelio sea anunciado en el lenguaje y la cultura de aquellos que lo oyen”. Cuando muchos reniegan de Dios hay que preguntarse qué Dios es el que reniegan, el Dios que ha creado el folclor y el secularismo o el Dios revelado en Jesucristo, el Dios que muchos convierten en un fetiche o amuleto, o el Dios que apuesta por el hombre, que le sale al encuentro y le impela no a un acto servil, sino a una respuesta desde su propia libertad, algo que constituye una especificidad de la fe cristiana: ser una respuesta libre del hombre a una iniciativa de Dios que le sale al encuentro.



Albert Einstein afirmaba: “No logro concebir un Dios que premie y castigue a sus criaturas o que posea una voluntad del tipo que experimentamos nosotros mismos”. Sin embargo, no dudaba en objetar: “La ley del cosmos revela una inteligencia de tal superioridad que comparada con ella todo pensar humano es insignificante... La Naturaleza es la realización de las ideas matemáticas de Dios”. Sin entrar en las elucubraciones teológicas de Einstein, ¿podríamos catalogarlo como hombre de fe o como ateo?

Veamos sus palabras: “Me basta reflexionar sobre la maravillosa estructura del Universo, y tratar humildemente de penetrar siquiera una parte infinitesimal de la sabiduría que se manifiesta en la naturaleza...”, “conseguimos obtener así la fórmula estadística para conocer aproximadamente la posición de un electrón en un instante determinado. Pero, personalmente, no creo que Dios juegue a los dados”.

Lo anterior hace palpar que el Dios que Einstein reniega no es el Dios Trascendente, Creador, Omnisciente y Eterno, sino la imagen deformada y mutilada de un Dios totalmente ajeno al hombre, que sólo actúa, premia y reprime a capricho desde su encumbrada morada celeste. Y, sin embargo, es esa la imagen que para muchos es la fe, un fideísmo infantil desprovisto de todo vestigio de razón y es que muchas veces las expresiones de fe de no pocos, como acota monseñor Navarro Barrera, rector de la Universidad Pontificia de Bucaramanga, suelen estar desfasadas frente a su desarrollo psicológico e intelectual, a veces es de párvulos dentro de una personalidad que ha madurado en otros aspectos. Por ello el llamado apremiante que hacía el papa Pablo VI: “No debe existir por más tiempo el analfabetismo religioso”.

“Lo que está en juego no es tanto -precisa el padre Jesús Espeja-, si existe o no existe Dios, sino qué divinidad están negando los que se llaman ateos, y qué divinidad confiesan los que se dicen creyentes religiosos”. “El hombre -en palabras de Santo Tomás de Aquino-, vive de la ciencia”, es decir, de la búsqueda de la verdad sobre sí mismo, sobre el mundo que le rodea, sobre el cosmos y finalmente sobre Dios. El cardenal Newman recordaba que “una fe pasiva, de herencia familiar, corre el peligro de terminar, en las personas cultas, en indiferencia; y en las personas simples en superstición”. La búsqueda de la verdad debe implicar a todo hombre y los hombres de ciencia no son una excepción, sino que constituyen el humus que puede abonar el terreno de los areópagos modernos.

Frente a personas que por su formación intelectual son más exigentes a la crítica, no se pueden esgrimir respuestas teóricas que sólo suscitan reacciones negativas. Se debe dar, destaca monseñor Navarro Barrera, una respuesta que sea a la vez del dominio del pensamiento y de la vida y del orden de la comunicación intelectual, integrando la vida con la fe, es decir, presentar el misterio de Cristo e invitar a su vivencia, integrar la ciencia con las demás ramas del saber en una cosmovisión cristiana. En otras palabras, iluminar la ciencia con la luz de la fe. El sacerdote y astrónomo belga Georges Lemaître, creador de la teoría del Big Bang, cuestionaba: “¿Tendrá la Iglesia necesidad de la ciencia?”, y acotaba, “ciertamente que no, le bastan la Cruz y el Evangelio. Pero a un cristiano nada de lo humano le es extraño. ¿Cómo podría la Iglesia desinteresarse de la más noble de las ocupaciones estrictamente humanas: la búsqueda de la verdad”.

He aquí, a pesar de las diferencias entre sus métodos de estudio, donde se encuentra el punto de contacto entre la fe y la ciencia, esa búsqueda de la verdad. “Dios puede ser conocido a partir de lo creado”, apunta San Pablo en su carta a los Romanos, palabras que ilustrará el físico André Marie Ampère: “Nosotros sólo podemos ver las obras del Creador, pero, a través de ellas, subimos al conocimiento del Creador mismo. Exactamente como los movimientos reales de las estrellas están ocultos por sus movimientos aparentes y, sin embargo, por la observación de los primeros determinamos los segundos, así Dios está oculto en cierto sentido por sus obras y, sin embargo, es a través de ellas como le discernimos, y como captamos pistas de sus divinos atributos”.

Ampère, como tantos otros hombres de ciencia, llegó a Dios a través de su búsqueda desprejuiciada de la verdad. Su “verdad”: “...nosotros sólo podemos ver las obras del Creador, pero, a través de ellas, subimos al conocimiento del Creador mismo...” y la “verdad” de San Pablo: “...Dios puede ser conocido a partir de lo creado...”, son el resultado de dos caminos de búsqueda diferentes: en el caso de Ampère, la ciencia, en el caso de San Pablo la fe, pero, tanto uno como el otro, llegan y convergen en un punto focal, la Trascendencia. ¿Coincidencia?

Ciertamente no, yo diría más bien: “correspondencia” y es que, como recuerda el Concilio Vaticano II, “Las realidades profanas y las realidades de la fe tienen su origen en el mismo Dios” y Dios no puede contradecirse a sí mismo. “Si se somete todo a la razón, puntualiza el filósofo, matemático y físico francés Blaise Pascal, nuestra religión no tendría nada de misterioso y sobrenatural. Si se tropieza contra los primeros principios de la razón, nuestra religión será absurda y ridícula” y es que fe y religión no se contraponen, sino que se complementan, tanto “una como la otra, como afirmara el papa Juan Pablo II, son dones de Dios”.

El químico y Nobel francés Paul Sabatier alegaba que “contraponer la Ciencia con la Religión es cosa de gente poco experta en uno y otro tema”. Ciencia y Fe no se excluyen sino que se complementan y es que, como concluyera el genio de Einstein: “la Ciencia sin la Religión es coja, y la Religión sin la Ciencia es ciega”.

**“la Ciencia
sin la Religión
es coja, y la
Religión sin la
Ciencia es
ciega”.**